



Sherlock, Lupin y yo: Último acto en el teatro de la Ópera

Días de inquietud, noches de inquietud



Transcurridos tantos años de aquellos acontecimientos, me resulta difícil confesar que, en los días terribles en que el ejército prusiano asediaba París, yo dedicaba todos mis pensamientos a dos extraordinarios amigos de los que había tenido que despedirme al final de las vacaciones de verano.

En aquellos días, los prusianos seguían avanzando, imparables, mientras el desventurado ejército francés se retiraba tras la vergonzosa derrota en Sedán. Por suerte, Sherlock estaba a salvo, lejos de Francia, mientras que Lupin, allí donde se encontrara, era la persona más capacitada para cuidar de sí misma que yo conocía. No puedo decir, pues, que estuviese preocupada por su seguridad, pero...

Por lo demás, las palabras que acabo de emplear, como «vergonzosa» y «desventurado», no habrían salido de mi boca en aquella época, son fruto de consideraciones más maduras que vinieron con el tiempo.

Entonces, en aquel lejano septiembre de 1870, mi corazón latía al ritmo imprevisible de la juventud y mis pensamientos eran más caprichosos, o quizá fuera más acertado decir que más inconscientes.

La guerra, como he dicho, ya estaba perdida y en las calles de París no se hablaba más que de la derrota del imperio y de una inminente caída bajo las bayonetas del príncipe Alberto de Sajonia, y estallaban las riñas entre quienes defendían la necesidad de un armisticio digno y quienes, en cambio, se declaraban dispuestos a enrolarse como voluntarios o a unirse a los grupos de patriotas que se preparaban para resistir combatiendo casa por casa, calle por calle, hasta la muerte.

En esos mismos días, yo, Irene Adler, me desplazaba en carruaje entre aquellas multitudes tumultuosas y asustadas y seguía viviendo en nuestro bonito edificio de Saint-Germain-des-Près, donde mi familia adoptiva decidía qué hacer.

Ahora hablo de familia adoptiva, aunque en aquel tiempo, en mi ingenuidad, no tenía más que algunas sospechas sobre mis verdaderos orígenes y nunca había indagado, ni querido indagar, por qué mi cara afilada salpicada de pecas, mi cabello de color fuego y mis ojos azules eran tan distintos de las facciones de mi madre o de mi padre.

Si lo pienso, entonces había muchas cosas que no estaba segura de querer saber.

Y había otras, en cambio, que no me dejaban vivir tranquila; la guerra y el asedio de París, eso por supuesto,

pero mi pregunta más recurrente era otra: en todo aquel caos de cartas y comunicados, de negras chimeneas y soldados con los uniformes imperiales hechos jirones, en todo aquel alboroto de gente, de periódicos vendidos a diez céntimos por vociferantes italianos en la esquina de la calle, ¿qué había sido de Sherlock y Arsène?

Recordando aquellos días, me vuelven a la cabeza las continuas palabras tranquilizadoras que me dirigían: no tenía por qué preocuparme ni estar asustada. Y así precisamente, ni preocupadas ni asustadas, estaban muchas de las jóvenes amigas que a mi madre le habría gustado que yo frecuentara para asegurarme una fácil entrada en los mejores salones de la ciudad.

Algunas de ellas, respetables madres e hijas del París más exquisito, se hallaban aquel martes en el salón de nuestra casa. A mí, que desde la ventana de mi habitación las había visto entrar, me recordaban a aquellos patos que hibernaban en el laguito de las Tullerías; pero, en vez de plumas iridiscentes, las amigas de mi madre y sus hijas (que, por el contrario, ¡en absoluto eran amigas mías!) hacían gala de refinados vestidos de colores celeste, rosa y amarillo azafrán. Enmascaraban aquellos ojos suyos de pescado bajo cursis sombreros con velete, y sus manos blancas y flojas, bajo blandos guantes de color crema. Sin duda habían venido para el té provistas de minúsculos abanicos de seda y joyas que habrían puesto los dientes largos a cualquier ladrón.

Teniendo en cuenta que, en determinados barrios, las panaderías estaban racionando ya el pan y que muchas tiendas de la ciudad mostraban el triste espectáculo de estantes vacíos y desoladores, habría tenido que enfurecerme por aquella ostentación tan fuera de lugar.

Sin embargo, en aquella casa se me consideraba aún una niña y por mucho que, dentro de mí, supiera que ya no lo era, entre aquellas paredes me comportaba a menudo como una niña, a pesar de mi edad. Fingía tener un carácter mucho más sosegado y acomodaticio del que tenía, que se inflamaba y daba lugar a mil pensamientos turbulentos al darle rienda suelta cuando estaba sola o con mis dos grandes amigos.

Así pues, las parisinas estaban en el salón y el mayordomo Nelson, como un reclamo, al otro lado de la puerta de mi habitación en el último piso, donde normalmente duerme la servidumbre.

—Señorita Irene... —me llamó una vez más—. La señora la está esperando.

Pero el suyo fue más un suspiro que una llamada.

Yo eché un último vistazo a las dos cartas que había extendido sobre el tapete de cuero de mi escritorio y suspiré a mi vez.

—En seguida voy —mentí, incapaz de despegarme de la caligrafía ondulada y elegante que llenaba apretadamente la carta más larga, la que Sherlock me había entregado el día de mi partida de Saint-Malo el verano anterior.

Me sabía de memoria lo que decía, porque la había leído una y otra vez durante el viaje de vuelta a la ciudad.

Y en los días sucesivos.

Sherlock me deseaba un buen regreso a casa y, por primera vez desde que nos conocíamos, hacía una rápida alusión a cuanto estaba ocurriendo en Francia. Protegidos por la distancia, por el veraneo en Saint-Malo y por la lentitud del servicio postal, aquel verano habíamos ignorado gran parte de las vicisitudes por las que estaba atravesando el país.

Pero no es posible vivir siempre en medio de placeres y de espaldas al resto del mundo.

Yo debía volver a París, mientras que él y sus hermanos se marcharían con su madre a Londres, donde, apostaba Holmes, todo iría de la mejor manera. Aunque su madre se lamentara de todo: del ruido infernal de las calles atestadas a su hedor insoportable, de la mala educación de los ciudadanos al fastidioso regateo de los comerciantes... Sherlock, obviamente, era de la opinión contraria. Sabía, o tal vez solamente esperaba, que en aquella ciudad podría procurarse fácilmente todos los libros que le apeteciera leer entrando simplemente en una de las librerías de Charing Cross. Además, ¡jempearía a recibir clases de violín! La noticia, anunciada sin preámbulos en la carta, me había hecho sonreír y, aunque al principio había pensado que era una broma, su manera de escribir seca y decidida había acabado convenciéndome de que mi amigo lo decía en serio.

¡Holmes tocando el violín! Sherlock me parecía demasiado nervioso e impaciente para adentrarse en un arte que requería, para aprenderlo, una infinidad de ejercicios aburridísimos y repetitivos. ¡Era igual de difícil que imaginar a Arsène Lupin en sotana de sacerdote!

¿La verdad?

La verdad era que, mientras a las afueras de París atronaba la artillería prusiana, había pasado unas noches insomne, envuelta en la blanca luz de la luna, imaginándome a Sherlock Holmes de pie tocando su violín. ¿Era solamente una manera de no pensar en la guerra, que ya había llegado a las puertas de mi ciudad? Tal vez.

A partir de ahí, la carta de Sherlock era más rápida y vagamente torpe: deseaba que nuestro encuentro en Saint-Malo no estuviese destinado a ser el único y confiaba en que, tarde o temprano, yo fuera a Londres o los Holmes tuvieran oportunidad de visitar París, quizá cuando las aguas se calmaran y viajar volviera a ser menos peligroso. La carta terminaba así:

En ambos casos, ¡te prometo que me encargaré de llevarte a todos los lugares de peor fama y menos recomendables de la ciudad en que volvamos a vernos!

*Tuyo,
Sherlock Holmes*

Acababa de releerla por enésima vez cuando el señor Nelson tocó delicadamente a la puerta, llamándome al orden. El salón reclamaba mi tiempo. Y yo no tenía ninguna intención de concederle ni un instante más de lo imprescindible.

—Entre, Nelson... —contesté doblando la carta de Holmes.

La puerta se entreabrió.

—No soy yo quien debe entrar, señorita Irene, sino usted quien debe salir —me recordó el imponente hombre de color que, creía yo, estaba al servicio de nuestra familia desde antes de que yo naciera—. Las señoras y señoritas quieren estar con usted.

—¿De veras? —pregunté alzando una ceja—. ¿Y exactamente qué quieren de mí? ¿Mis conocimientos de poesía latina, mis opiniones sobre la moda en tiempos de guerra o mi sobresaliente simpatía?

—Lo último que ha dicho, señorita —me respondió con una sonrisa.

Ahora puedo decirlo con franqueza: me entendía mejor con el señor Nelson que con mi madre.

No se escandalicen, se los ruego. La culpa no era de ninguna de las dos.

Yo no era una chiquilla como es debido.

Y ella no era mi madre.